

Editorial

Las mujeres tenemos razones de sobra para estar alarmadas e indignadas. La violencia que se ejerce contra algunas es una clara señal que los agresores saben que pueden atacar impunemente.

Una joven es violada y el modus operandi es similar al utilizado por los policías judiciales acusados de violar a dieciseis jovencitas. Cuatro de los presuntos culpables fueron detenidos, pero los otros cuatro siguen libres, solapados por su jefe, el subprocurador Coello, quien cuenta con todo el apoyo de su jefe, el procurador Alvarez del Castillo.

El juicio de los cuatro detenidos está empanado. No pasa nada. Esto y la última bestial violación son un asunto y una advertencia: *de nada sirve que se denuncie y que se proteste; es inútil que las mujeres se organicen y manifiesten pidiendo castigo para los violadores y la destitución del jefe que los solapa, convirtiéndose en su cómplice.*

Cuando son las autoridades quienes violan, encubren y se encargan de que la justicia no sea expedita, el ejemplo cunde.

Otra adolescente es violada por su tío, que la deja por muerta después de darle once puñaladas. La víctima sobrevivió y denunció a su agresor, quien se justificó diciendo que la había violado e intentó matarla por viejas rencillas familiares. Ni siquiera estaba asustado.

¿Por qué había de estarlo, si se sabe protegido por el sistema?

La solución no es que nos escondamos asustadas sino que cobremos más y más fuerza, que nos solidaricemos todas las mujeres (periodistas, académicas, políticas, actrices, profesionistas, estudiantes), para dar juntas la batalla contra la violencia hacia las mujeres.

Entre más unidas estemos más fuerte será nuestra voz y mayor nuestro poder político. Unidas podemos acabar con la impunidad de los delincuentes, primer paso para acabar con la violencia que sistemáticamente se ejerce en contra nuestra. 